

En suma, la obra del autor boliviano posee cualidades que la colocan en las líneas de avanzada de la novelística de esta parte del continente.

Más aún, como lo dice el autor, «por su ubicación en el tiempo y, por el tema». El problema indio ha sido siempre un aguijón doloroso en todos estos países cuya población tiene un elevado porcentaje indígena. Es como un lastre insostenible que impide todo avance de la cultura.

Si Arguedas ha sido uno de los primeros en presentarlo— y ya hemos visto con qué intenso dramatismo lo ha realizado— por este solo motivo debiera tener el lugar que reclama.

Sería interesante indagar hasta qué punto la novela de Arguedas ha contribuido a mejorar la situación del indio en su patria. El autor reconoce este adelanto en una nota colocada en 1945.

Pero, al margen de esto, está, como digno marco de la solidez emotiva, la fuerza que alcanza el estilo armonioso y la belleza de las descripciones, méritos todos que hacen de «Raza de bronce» una producción de innegable calidad.



ROCÍO EN EL TRÉBOL. Poesías, por Oscar Castro. Editorial Nascimento, Santiago

Hay poetas esencialmente poetas; y esa esencial calidad les viene de la pura afinación de sus condiciones humanas, de sus naturales sentimientos.

Tal este alto, fino y transparente poeta, que ha resumado en cada verso y en cada frase de su variada producción literaria, su cotidiana condición de hombre; de hombre ante todo. De hombre, en la cabal acepción de la palabra; generoso, bueno, amante de propios y de extraños, cuyo corazón de brújula supo

señalar con sin igual sensibilidad, tanto las materiales manifestaciones de la vida como las inmateriales.

Quizá, en este libro póstumo del autor de «Camino en el Alba y de «Glosario Gongorino», esa humana condición, que en sus libros anteriores le diera tan grávido significado a su verso tan ingrávido, agobia ahora de sentimientos y de presentimientos el vuelo de sus alas poderosas. Cierta indecisa expresión; algo de moroso en los giros, raudos siempre; algo de velado en las imágenes, siempre de noble concepción, nos parece ver o sentir en estos poemas de «Rocío en el Trébol». Y cierta falta de intrínseca unidad, propia en obras de ajena recolección.

No obstante, aquí, como allá, el poeta es siempre el mismo poeta. Un gran poeta. Lírico, eglógico, mesuradamente elegíaco, y a veces, dramático. Con todas las tonalidades de su alma hecha lira. Y con todas sus cualidades. Una de las características cualidades (acaso la principal en toda la obra de Oscar Castro, incluídos en ella sus novelas y cuentos), es una «subjetiva» visión de lo pictórico, que le hace aprehender y plasmar tan gayamente, junto a sugerencias y conceptos, delicados símiles de sensaciones, los que su verso pone en vida y movimiento:

«Casa de mi compadre Rosendo Montes,  
donde hasta el viento baila de punta y taco,  
donde el día se pone faja de flores  
y se le ve a la luna blanco el refajo».

(Remordimiento; pág. 19)

«Venid a verme en el otoño, cuando  
el aire es una tela recamada  
de olores vegetales, y maduran  
la soledad azul y la manzana».

(Invitación...; pág. 38)

«El viento lo azotaba con su huasca celeste  
y apretaba sus piernas de invisible jinete».

(Burrito del Sueño; pág. 131).

Y, dentro, muy adentro de cada cualidad y de cada tonalidad, hay en estas poesías otra nota; la de una imprecisa melancolía de vaticinio. Así sea en esa hermosa égloga «Invitación al Valle en que vivo», o en ese poemita del vago dramatismo, «La Daga en el Estero», o en esta sosegada elegía, «Poema para consolar a una Madre»:

«A la izquierda del lirio, en el recodo  
de la magnolia, cerca de la estatua  
en que toca el amor su caramillo,  
María Estela duerme. La acompañan  
dos gorriones, el hilo de una fuente  
y una estrella dulcísima que baja  
por las tardes a verla, *separando*  
*con sus dedos de luz hojas y ramas...*».

(Pág. 109).

Como toda—o casi todas—obra póstuma, esta recolección de versos quedados huérfanos y sin hogar común a la muerte del dilecto autor de «Glosario Gongorino», carece en lo formal de «ese algo definitivo» que sólo sabe dar a sus espirituales hijos la mano paternal del artista. Pero, en el fondo de ella está, como en sus demás libros, lo que había en Oscar Castro de esencial, de individual: Fina, humana y pura poesía, sobre la que quisiéramos poder hablar un día con más decisivas palabras.  
—GUILLERMO KOENENKAMPF.